



El oficio de enseñar

Sin aureola y sin mito, Gabriela fue una campesina que amó la tierra y sus raíces, al hombre y su circunstancia, al niño y sus derechos y trabajó ese amor ejerciendo el magisterio con ciega y leal obediencia a su vocación más íntima.

«Que el oficio no nos sea impuesto. Primera condición para que sea amado. Que el hombre lo elija como élige a la mujer, y la mujer lo mismo que elige al hombre, porque el oficio es cosa mucho más importante todavía que el compañero. Estos se mueren o se separan; el oficio queda con nosotros».

«Solamente Dios es asunto más trascendente para el hombre que su oficio».

Andan muchos sietedecios bamboleando en su profesión y pensándose superiores a ella. ¿Por qué no la dejan? La reconocerán otros que sean más leales. Cosa tanta vivir con rabia o desabrimiento en el lugar donde alguno puede permanecer con alegría. Renegar del oficio es que se vive el día es ingenuo como renegar de la piel oscura: se le lleva sin remedio, por voluntad de Dios, si es vocación, por tanta aceptación nuestra si es accidente» (INT. «Sobre el oficio»).

Una campesina que se habituó a decir lo que pensaba, como buena maestra de niños, en la sala de clases de la aldea, o desde estados internacionales; en su prosa o en sus versos, en sus amores y en sus rencores.

«Es cosa corriente que el hombre y la mujer entren a su Escuela Nacional siendo malos alegres y que salgan de ella bastante bien vividos para el oficio y también aridos de ilusiones. La ambición legítima se la van a paralizar los ascensos lentos; el gozo se lo

quebrará la vida en aldeas pauperísimas y la fatiga peculiar del ejercicio pedagógico. El sudor magro, las cargas familiares, el no darse casi nunca a la fiesta de la música o del teatro, la inapetencia hacia la naturaleza, corriente en nuestra raza y sobre todo el desdén de las clases altas hacia sus problemas vitales, todo esto irá royendo sus facultades y el buen vino de la juventud se les torcerá hacia el vinagre».

AUTODIDACTA.

¿Sin título profesional, por necesidad y vocación se inicia en la pedagogía.

«Empecé a trabajar en la escuela de la aldea llamada Compañía Baja, a los quince años de edad, como hija de gente pobre y con padre ausente y poco desasido. Enseñaba yo a leer a alumnos que tenían desde cinco a diez años y a muchachones analfabetos que me sobrepasaban en edad».

Marta Elena Samatín indica que la joven maestra conoció sin sabores: «la directora creyó ingenuamente que el principio de autoridad bastaría para mantener a raya a esa chiquilla altanera, pero se equivocó. Lucilla jamás le permitió sus atribuciones reglamentarias. Se citó a ella y cumplió al pie de la letra sus obligaciones. Pero con una envidiable firmeza de carácter le impidió inmiscuirse en sus asuntos privados, en sus opiniones, en las manifestaciones de su amabilidad que ya surgía con fuerza y relieve poco comunes».

Gabriela confiesa: «a la directora no le caí bien. Parece que no tuve ni el carácter alegre y fértil ni la fisonomía grata que gana a las gentes. Mi jefa me padeció a mí y yo me la padecí a ella».

«Consciente de sus limitaciones profesionales, estudió con rigor, lee ince-

santemente, aprende cuando sueña. Toma nota de cuanto le rodea. Colabora con artículos literarios en el periódico «La Constitución», de Copiapó y más tarde en «El Coquimbo» de La Serena.

LOS ATAQUES

Aproximadamente en esa fecha conoce a Romeo Ureta. Se aleja de la compañía de jóvenes de su edad. Desprecia el comentario insulto y mantiene un silencio ostensible ante la charla superficial. Sus versos escandalizan la mentalidad timorata de muchas beatas, e incluso es atacada violentamente en un artículo firmado por Abel Mejías.

Llama la atención de algunos señores influyentes quienes consiguen un puesto de secretaria en el Liceo de Niñas para la maestra rural, en La Serena.

Elena Samatín resume las experiencias de Gabriela en el liceo: «en 1906 comenzaron las desavenencias con la directora, quien deseaba que su liceo se mantuviera dentro de cierta categoría social. Lucilla Godoy creía en la escuela del pueblo, la escuela democrática, acogedora de cuantos quieran aprender y la altiva secretaria obró en consecuencia. Víctima de arbitrariedades e injusticias, la joven renunció a su cargo».

Sin embargo, las tristezas de Gabriela fueron realmente profundas cuando, decidida a continuar sus estudios, postuló a la Escuela Normal de La Serena y su solicitud fue rechazada por manifestar admiración pagana por la naturaleza y escribir versos, actividad desdeñable en una señorita...

LA ESCUELA RURAL

Regresa a su caserío rural y esta vez se hace cargo de la dirección de la Es-

cuela La Cantero.

Al año siguiente acepta un traslado a Cerrillos, entre Coquimbo y Ovalle. Continúa estudiando, continúa escribiendo. Las experiencias se vuelcan en versos dolidos: «Campesina ¡recuerdas que alguna vez prendiste su nombre a un comentario brutal o baldío? ¡cien veces la miraste, ninguna vez la viste! ¡y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti» (La Maestra Rural).

En el año de la muerte de Romeo Ureta... En 1916 rinde examen de competencia para obtener un título superior. Aprobada con notas sobresalientes es designada en una escuela de Barrancas, cerca de Santiago. Luego ingresa a la enseñanza secundaria en el liceo de Traiguén, como profesora de Biología e Higiene. Ya no volverá a detenerse. Antofagasta, Los Andes, Punta Arenas, Temuco, desfilan ante sus ojos ávidos.

A su amiga Lenka Frenkel expresará más tarde: «yo fui una autodidacta, pero el autodidactismo no me parece un ideal, porque es un martirio, aunque yo lo tenga apeso y se lo aconsejo a quien tenga la entereza suficiente para afrontarlo».

LITERATURA

La maestra autodidacta deja en su prosa lineamientos pedagógicos válidos para los maestros de cualquier lugar y de todas las épocas. Recomienda estimular el amor a la literatura, hurgando en nuestras propias raíces: «¡hollo, muchos hollores, todo el que pueda que será el que se quiera. Se trata del momento en que el niño pasa de las rodillas maternas al seco banco escolar y cualquier alimento que se le allegue debe llevar calor y olor de aquellas leches de amapay. Contar es encantar con lo cual se entra en la magia».

Recordando a GABRIELA

COMISIÓN CENTENARIO DEL NATALICIO



El Rey de Suecia entrega la distinción a la poetisa Gabriela Mistral.

«Su experiencia profesional, sus vivencias se transforman en voz de alerta para orientar la misión magisterial: «jamás debe hacer el maestro lo que el niño puede hacer por sí mismo. La acción es lo que fortifica las facultades del niño y lo que acrecienta su espíritu. Evita decir y ayudar demasiado frecuentemente a vuestros discípulos».

«Que no haya ensayo-pasivo para el alumno: ante todo, el esfuerzo personal. Que una dificultad vencida escite la ambición de un nuevo triunfo. Que el maestro cree interés por el estudio; que solicite la investigación, que despierte la iniciativa, que inspire la confianza en sí mismo, que sugiera analogías, que mueva, en fin, a sus alumnos a ensayar sus fuerzas y probar su habilidad» (Métodos activos de instrucción, 1913).

«Gabriela nunca dejó de ser una autodidacta, mantuvo el afán del estudio constante y nunca cesó de recomendarlo».

En 1925 en carta a una amiga expresa: «¡lea mucho, estudie mucho; no se cansa de adquirir cultura, pero mantenga la frescura del espíritu gracias a la cual se crea. Manténgase como los buenos artesanos, siempre insatisfechos de sí mismos».

LA ORACIÓN DE LA MAESTRA

«Señor, tú que enseñas, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de

maestra que tú llevaste por la tierra».

Dame el amor único de mi escuela; que si la quemadora de la belleza sea capaz de robarme mi ternura de todos los instantes.

Maestro, hámme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba, la mequina insinuación de promesa que sabe a mi cuando me hieren. No me duela la incompreensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé.

Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes. Alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejarlo en ella clavado mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más.

Muéstrame posible tu evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él.

Pon en mi escuela democrática el resplandor que se cernía sobre tu corvo de niños descalzos.

LA INFANCIA ES INOCENCIA

A través de canciones de cuna, rondas, jargarretas, cuentos, revela el conocimiento profundo del alma infantil, producto de su experiencia como maestra.

«La prosperidad moral y material a que aspiran los hombres podría ser posible si las necesidades del niño fueran atendidas sin demoras».



Los niños siempre estuvieron presente en las creaciones y preocupaciones de Gabriela.

El Oficio de enseñar [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Oficio de enseñar [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile